



LA EDAD DE ORO

68.—La hoja
de trébol.

A Lilia González

Cuando los niños pidieron un cuento, Juan Silvestre les narró éste, sin reflexionar que no tenía pies ni cabeza:

El padre de Pascualillo había hecho la casa en el lindero del bosque. Era una sencilla habitación de madera, muy limpia eso sí. Ya imaginaréis que por las ventanas y puertas entraba un aire que olía a cosa bendita. El bosque era para el niño una continuación de su hogar. Conocía todos sus rincones y en más de una ocasión se llevó una buena tunda por no asomar la nariz en casa en todo un santo día, gastado en subir y bajar árboles o andurrear con el vagabundo arroyo que antes de salir al claro, daba mil vueltas y correteos bajo la umbría como si le doliera abandonar aquel recinto. Al ser castigado por estas correrías, en su pensamiento había una confusión, algo así como si los golpes dados fuesen por andar en la sala o en la cocina de su casa.

Para Navidad sentíase dichoso cuando su madre, poniéndole un saco entre las manos, le decía:—Es preciso traer lana para el portal.

Solamente él conocía los sitios donde el musgo hacía sus maravillas con más primor sobre los troncos, o donde colgaba sus más bellas estalactitas de esmeralda a la vista y de seda al tacto. Los otros niños del lugar traían lana para adornar el Nacimiento, lana, lana común... Las Tres Divinas Personas que poseía su madre, debían sentirse orgullosas de reposar entre el musgo más lindo y suave de la montaña. Para ellas aparentaba el niño todo el tiempo quién sabe qué rebañío de ovejas encantadas, cuyo vellón delicado y de color verde iba a trasquilarse todos los años, al acercarse la Pascua. Sabía más que muchos botánicos y entomólogos dueños de colecciones olorosas a cianuro y a muerte. Su ciencia era viva, de la que alegra las imaginaciones: por ejemplo, no podía decir si las flores que conocía eran gamopétalas o polipétalas, mas sí en cuál mes florecían todas las plantas de los alrededores, los matices de las corolas; que esta orquídea lucía en el interior de su broche una palomita blanca, que la otra un abejorro exacto a un chiquizá, que la de más allá un torito. Era una abeja en lo de saber cuáles botones eran dueños de una gota de miel y siempre el pequeño altar de su madre estaba adornado con los ramilletes más perfumados que encontraba en el bosque. En las tardes de lluvia ensartaba en hilos los frijolillos de poró y los bonitos granos de lágrimas de San Pedro, recogidos en sus excursiones y hacía collares a su hermanita Susa. Las guijas pulidas y redondeadas con más esmero por las transparentes manos del arroyo, estaban en su bolsillo, y no había abejorro, libélula o mariposa cuya historia no conociese.

Los nombres de los meses eran madeja enredada en su cabeza; en cambio se fabricó un calendario a su manera. El decía: el mes de las moras y de las uvitas de lengua de vaca; el mes en que vuelan las semillas del tabaquillo; el mes de las violetas en los potreros y de los ahoga-pollos—que son unos escarabajos de alas verde y plata que por mayo vuelan en nubes.

Calculaba la edad de su ternera así: «Nació para cuando las fiangas estaban florecidas, después de eso, dos veces Susa y yo hemos comido las uvas moradas que salen de las fiangas».

Juan Silvestre interrumpió su cuento para decir a los niños: en esto hacía como Pablo y Virginia. ¿Habéis oído hablar de estos niños? ¿No? Pues figuraos que cuando le preguntaban su edad, Virginia respondía: «Los mangles han dado dos veces su fruto y los naranjos veinticuatro veces la flor desde que estoy en el mundo».

Luego Juan Silvestre continuó:

Al igual de un ornitólogo, podía describir los pajaros de su clima a ojo cerrado: en qué tiempo era la puesta y de cuántos huevos; si hallaba un nido vaco sabía si era de zoterré, de yiguirro o de zacatera. Quería mucho al pecho amarillo porque es un pajarito valiente, y al verlo perseguir a un gavián de fuertes garras que huía ante la pequeña avecilla, tiraba su sombrero al aire y gritaba, queriéndole demostrar con ello su admiración.

Distinguía como el más entendido apicultor, las especies de abejas de su tierra y con sólo probar la miel decía si era de picúzaro o de jicote barcino. Arrebatava de un árbol un panal sin sufrir un solo aguijonazo, y alrededor de la casita del lindero del bosque zumbaban enjambres de esas abejas negras que hacen miel con olor de manzana, cuyos panales estaban en troncos colgados por el niño bajo el alero.

Tenía ocho años cuando pasó por la aventura que decidió de su vida: entonces era un muchachillo de simpática figura, con sus mejillas redondas y frescas, sus ojos inteligentes, el sombrero acampanado de fieltro negro metido hasta las orejas, y los pantaloncillos de dril, engomados y largos como los llevan los hombres grandes. Las vacas no le tenían mucha confianza porque de repente le salía agujerías sin ton ni son y las ponía a correr azoradas; la gorda cerda blanca se preguntaba qué gusto experimentarían el muchacho en azucar al perro para que la persiguiera y la hiciera jadear, y el mismo perro era latigüeo sin necesidad. Las ardillas, los sapos, los pájaros y las mariposas no estaban tampoco muy seguros cuando sus ojos les caían encima.

Esto no quiere decir que fuese malo y si la madre le hacía reflexiones se arrepentía de veras.

Una noche el padre dijo:—Ve Pascual y trae las vacas; déjalas en el potrero de atrás. Tengo que ir a la ciudad y quiero ordeñar en la madrugada.

Era en junio para el veranillo de San Juan, como que el siguiente era el día del Santo Bautista. Hacía mucho frío y el niño metióse en una americana regalada al padre por el amo de la ciudad.

El cielo estaba aseado y ya las nueve andaban cerca porque la luna iba bien encumbrada.

Bordeaba el bosque, cuando creyó oír en el suelo, cerca de sus pies, risas menudas y palabras dichas por bocas diminutas. Un rayo de luna colándose por el vano que dejaban unas ramas, le hizo ver una multitud de figuras minúsculas que se movía entre la hojarasca. Inclínose para mirar bien. Si Pascualillo hubiera sido una persona mayor se sobrecoje y quizá hasta habría tenido miedo, pero era un niño y un niño criado entre árboles y vacas, y el espectáculo que tenía a sus pies parecía tan natural a su inteligencia sencilla, como el que viera una mañana, a principios de mayo en el bosque, cuando lo encontró poblado de hongos. Lo que hizo fue refr. ¡Qué gracioso era todo esto! He aquí que los hongos tan quietos y si-

lenciosos que mirara esa misma tarde, estaban ahora animados por una vida que no sospechó. Aunque bien hizo él en compararlos con los ensuillos del cuento de Blanca Nieves, que nunca se cansaba de leer. Recordó haber dicho a su hermanita Susa—sin estar seguro de ello—solamente porque le hubiera gustado mucho que su fantasía fuera realidad, que los hongos eran enanitos, que tenían su casa bajo la tierra al pie de los grandes troncos, y que allí tenían sus camitas, sus sillitas, sus mesitas y sus gallinitas del tamaño de una araña y sus vaquitas que no eran mayores que un ratoncillo. Y Susa le creyó y despedazó algunos buscándoles la cara, las piernas y los brazos.

Bien estaba él, pues no era tan mentira su mentira. ¿Con que de veras tenían piernas y brazos y cabeza? Dónde los habían escondido, que él lo único que había podido encontrar hasta entonces era un tallo protegido por una especie de sombrero?

Tumbado en la hierba presenciaba el curioso desfile: los hongos menuditos que viera subiendo a lo largo de los troncos, muy ufanos con el gorrillo cónico más delicado que imaginarse pueda; aquellos un poco más grandes, blancuzcos, tantas veces contemplados porque le hacían la impresión de que salían del pie de los corpulentos árboles para desparramarse luego en filas por los alrededores, cada uno con el sombrero puesto, del mismo color y de la misma forma, lo que les daba el aspecto de chiquillos uniformados saliendo de la escuela; los bonitos hongos de un rojo brillante, que ponen su nota alegre sobre el verde oscuro del musgo, eran los más bulliciosos: se habían quitado sus cascos diminutos y los agitaban en el claro de luna; los racimos de hongos blanquísimos que tanto le llamaron la atención por el primor con que estaban agrupados, y que él creyera fabricados con los copos de espuma formados por el agua del arroyo al caer desde una altura, pasaron convertidos en lindas doncellitas vestidas con túnicas color de plata, con su cofia de nieve y sus cabellos rubios peinados en dos trenzas. Marchaban enlazadas por el talle y sonreían dulcemente; los hongos de turbante nacarado eran parlanchinas comadres; los grandes hongos rojizos, muchos de los cuales despedazara por curiosidad y en cuyo interior había una pelusa finísima y blanca, estaban transformados en hombrecillos bonachones con papada y barriga, que reían enseñando sus dos hileras de dientes sanos; los negruzcos tenían barba y eran más graves.

Una voz sutil cual una hebra de lluvia dijo:

—Ven con nosotros, Pascualillo; esta noche es la danza de los hongos. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan y el bosque entero está de fiesta.

—Mucho me gustaría ir con vosotros... sin embargo no iré. Esta es la hora que mi madre está acongojada porque no he llegado a casa. Mi padre me jalará las orejas.

—No temas, Pascualillo, ven con nosotros. Te prometo que en tu casa no echarán de ver tu vuelta. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan...

El niño no pudo resistir la tentación.

—No me atrevo a moverme, temo aplastaros con mis pies.

—Mira en derredor tuyo, Pascualillo. Hace rato no eres más alto que las espiguitas del yantén—replicó el hongo de sombrero escarlata que lo había invitado.

El niño rió al notar que en efecto, era del tamaño de las violetas y del hongo su amigo. Las margaritas de oro se balanceaban sobre su cabeza y una gota de agua al resbalar del pétalo de una de ellas le bañó la cara. Se revolcó de alegría entre la hierba y luego se puso en marcha.

El sitio designado para la fiesta era una explanada cerca de los Ojos de Agua.

Todas las filas de hongos que él había visto formarse al pie de los troncos se movían en aquella dirección. A

través del prado entre la hierba plateada por la luna, caminaban los hongos amarillentos y los hongos color sucio que nacen sobre el estiércol.

Pascualillo gritó al verlos y envió su sombrero por el aire. Este acto significaba siempre su más alta expresión de alegría.

Llegaron: las arañas verdes de los campos habían prendido sus telas entre las ramas para que el sereno ensartara en ellas sus gotas que brillaban a la luz de la luna. En los musgos que cubrían los troncos temblaban también goticas de agua y había gusanos de luz que a intervalos prendían su lámpara minúscula. Los graciosos gusanillos de San Juan adornados con penachos amarillos o negros, se balanceaban en el extremo de sus hilos y adornaban así el sitio designado para el baile. El suelo estaba tapizado de hierba fina, de lindas violetas de un morado muy oscuro y del trébol cuyas hojas llevan estampada una pequeña mancha blanca y cuyas flores son gallinitas encarnadas. La yerbabuena que crecía al borde del manantial, ponía en el ambiente su olor penetrante y estaba engalanada, por ser la víspera de San Juan—como lo cuenta la leyenda—con sus pálidas flores. Pascualillo nunca había visto florecida esta planta, y al repararla, tuvo presente la conseja recogida de los labios de su abuela, de que la yerbabuena florece la víspera del día de San Juan, para confortar al diablo que sufre en esa noche porque echa de menos el cielo. Por un momento tuvo miedo al pensar que en la madrugada vería al demonio—con cuernos, cola y echando fuego por los ojos y la boca—hacer su ramillete para colocarlo sobre el corazón dolorido y calmarlo; pero una ronda de los bonitos hongos rojos lo cogió al pasar y siguió con ellos dando saltos.

Los abejones negros que por ese tiempo abren agujeros en la tierra, habían dejado su trabajo y venido a curiosear junto con los grillos campestres y los saltones.

Lo que más gracia hizo a Pascualillo fué encontrar sus buyecillos de palo, labrados por él en un tronco de suave poró, entre la multitud de curiosos. Los había dejado a la vera del bosque, cerca de su casa, tirando de una carreta, obra suya también, y cuyas ruedas eran las mitades de una carrucha vacía.

—¡Hola!, ¿qué hacéis aquí?—preguntóles.

—Ya lo ves, amito, hemos venido también al baile de los hongos... Es la víspera de San Juan.

—Bien, bien... ¿Y cómo sabfais?

—¡Oh! amito: desde que comenzó este Veranillo no hemos hecho otra cosa que oír a los hongos del potrero y del bosque charlar y acicalarse para su fiesta de San Juan.

Pascualillo no se mató la cabeza meditando cómo los hongos, los abejorros, las arañas y sus buyecitos sabían de San Juan. ¿Acáso es tan difícil comprender esto? Además, creía sencillamente que todas las cosas piensan y sienten, y como aún no razonaba al igual de la gente grande, no se tenía por rey de la creación ni había reservado para el hombre estas particularidades.

Su yunta le contó también:—En la carreta hemos traído un gran hongo comestible que esplayaba su gordura cerca del lugar en que nos dejaste.

Ese no usa sombrero y es más feo que esos muñecos que bailan sobre nuestro trébol. Nos rogó lo trajésemos porque su barriga no lo deja caminar. Después añadieron:—¡Qué pequeño eres ahora, amito, te llevamos toda la cabeza!

A la media noche cayó una garúa finísima y al caer produjo una música deliciosa. San Juan llegó. Venía en el carro de estrellas que da vuelta al Norte del cielo⁽¹⁾ y que en esa noche se desprende para traer a la tierra al santo degollado por el cruel Herodes. Lo guiaba un ángel, en cuya frente estaba prendida la diminuta estrella que desde aquí podemos ver acomodada en el timón del

(1) La Osa Mayor.

Carro y a la que llamamos el Cocherito. El santo tenía su forma humana: era un hombrazo con el rostro curtido por el sol y con una cabellera rizada y espesa que le caía sobre los hombros. Iba desnudo con los lomos ceñidos por una piel de camello; en el cuello musculoso se le notaba la línea rojiza que marcaba el lugar en que el hacha separó la cabeza del tronco. Bajo las cejas espesas le brillaban los ojos.

La multitud gritó:—¡Salud, señor San Juan! Y los hongos se desprendieron de sus sombreros y los echaron por los aires, imitando a Pascualillo. La danza comenzó, la graciosa danza de los hongos.

Las gentiles y frágiles doncellitas blancas hacían serpentina con sus túnicas color de luna, rodeadas por los hongos escarlata que movían al compás de la música sus cabezas escaperuzadas. Los otros formaban mil figuras complicadas y encantadoras. San Juan andaba entre los corros que se movían, sin aplastar a ninguno. A través de la barba hirsuta se veía sonreír dulcemente su boca de gruesos y encendidos labios. Nadie al verlo podía creer fuera el mismo que predicaba a las gentes con palabras terribles, y ante cuya presencia el tetrarca de Galilea temblara.

Pascualillo se había escondido entre un macizo de zacate para contemplar a su sabor al santo que su tía Juana tenía en un cuadro, y en el cual se le veía también desnudo y bautizando entre un río a Nuestro Señor.

Pero San Juan se fué yendo muy disimulado y de pronto apartó las hojas entre las que el niño se escondiera:

—Pascual, Pascualillo, buenas noches!

Este se quitó el sombrero y púsose a morder el ala, todo chillado. Por fin tartamudeó:

—Salud, Señor San Juan!

El santo habló con suavidad:

—Pascual, Pascualillo, yo te conozco porque andas mucho entre el bosque y yo soy el patrón de los bosques y de las soledades silvestres. Las arañitas, los musgos, los líquenes, los hongos, los abejorros de colores, lo mismo que los grandes árboles y que las fieras, están protegidas por mí. Cuando viví en la tierra fui un hombre semejante a un hierro enrojecido para curar las llagas. Mis palabras sonaban como truenos... Ahora, en cambio, amo los grillos, las abejas y acudo al baile de los hongos. Yo hago florecer la yerbabuena para que el demonio alivie su corazón afligido... aunque no arrepentido, por desgracia; y hago que las doncellas lean su destino en el cuajarse de la clara de un huevo que dejan puesta en un vaso de agua la víspera de mi santo. Pídemelo que deseas, Pascualillo, que yo te lo daré.

Pascualillo permaneció silencioso.

El santo se inclinó y buscó entre la hierba. Cuando levantó la cabeza tenía entre los dedos una hojita del trébol manchado de blanco que alfombraba el suelo.

—Toma, muchacho, es la hoja de cuatro gajos, la hoja que trae la dicha.—Yo la he buscado para ti... Vete y sé feliz... Amalo todo...

Ya el niño no estaba en el bosque, en la planicie en que brotan los ojos de agua. Encontróse en el camino y la luz del alba blanqueaba los campos. Delante de él marchaban las vacas moviendo lentamente sus cuerpos pesados.

—¿Acaso soñara? No, que entre los dedos tenía la hoja de cuatro gajos.

Estaba alegre y deseaba gritar. El niño no se daba cuenta de que en su corazón había una ternura inmensa para todas las cosas. Hubiera querido tener alas en los pies y llegar a casa de un vuelo para abrazar a su madre, a su hermanita Susa y ayudarle al padre para que no se fatigara antes de partir.

¡La escarcha que temblaba en las briznas de hierba le pareció tan linda! Antes no había reparado bien en ella.

Al verla tan blanca y tan brillante, creyó inocentemente que era la luz de la luna que no pudo escapar cuando aquella se escondió tras la montaña. Las vacas bramaban y en torno de sus testuzas se formaban halos de vapor. Le recordaban las cabezas de las santas de los cuadros suspendidos en las paredes de su casa, que llevaban como las vacas, aureolas luminosas alrededor de la frente.

¿Serían santas? ¿No decían que las santas eran mujeres muy buenas? ¿No eran muy buenas las vacas?

Se acercó a su vaca Blanca Nieves—así llamada por el niño por tener la piel blanca y sedosa y le acarició el cuello.—Nunca más—se dijo—las aguijaría para que corrieran. ¿Por qué hacerlas sufrir de este modo? ¿Qué pensarían de él?

Al llegar, los terneros menudearon sus mee, mee, quejumbrosos y asomaron los hocicos húmedos por sobre la cerca de piedra, y al abrir la boca enseñaban los dientes que parecían pedacitos de escarcha prendidos en una gran flor nacarada.

Pascualillo sonrió. ¡Qué bonitos los hijos de las vacas! ¡Seguro cada uno amaría a su madre de la misma manera que él a la suya!

Pascualillo sonrió también ante el arroyuelo: ¡Qué cristalina el agua... y al alejarse cantaba!... sí, cantaba; sonrió al ver el vuelo de las libélulas de alas manchadas de rojo; sonrió al zoterré que estaba hecho una alegría en una rama y se apartó para no asustar la ardilla que buscaba comida en un árbol.

Cuando entró en la cocina, la madre encendía el fuego y el padre estaba levantándose. La mujer lo miró tranquilamente.

—Le has ganado a tu padre; no había prisa en que te levantarás todavía.

Contó su aventura, más el padre levantó los hombros y se fué a su tarea.

—No distingue todavía lo que sueña de lo que hace veras!—salió murmurando.

La madre sonrió incrédula, mas cogió la hoja de trébol en la palma de la mano y la examinó.

—Guárdemela en su libro de oír misa, mamita, y cuidado me la pierde.

Ella se enjugó las manos y salió en busca de su libro de oraciones, entre cuyas páginas colocó con ternura la graciosa hojita.

• •

Pasaron años y años. La madre cuidó siempre de que la hoja de cuatro gajos no saliera de su libro de oraciones.

Cada vez que la encontraba sonreía incrédula y temerosa

Mientras Pascual fué un niño, las vacas, la gran cerda blanca y el perro no volvieron a tener quejas contra él.

En su corazón hubo desde la noche de San Juan, una inmensa bondad para todas las cosas. Ya de adolescente, sintió deseos de cantar la belleza del sol y la que hay en la gotita de agua que tiembla en la brizna de hierba; la de las nubes que son el musgo que crece sobre el cielo y la del musgo que adorna los troncos y los paredones; y lo mismo se enternece ante un sapo que ante una rosa.

La hoja del trébol no le trajo poderes ni riquezas, mas puso en sus pupilas el amor e iba contento por la vida, procurando no hacer sufrir a nadie.

No creáis que el dolor pasó a su lado sin punzarlo: muchas veces el llanto mojó sus mejillas, pero al secarse no dejaba remordimientos... Que la vida lo maltratara a él—pensaba...—que él no maltratara la vida! Y pronto la sonrisa de la tranquilidad borraba los surcos amargos.

Al morir, la madre pidió que pusieran sobre su corazón el libro de oraciones entre cuyas hojas estaba el trébol de cuatro gajos.

Los años pasaron... y los años pasaron, y Pascualillo

se hizo viejo. Le frescura huyó de su rostro y su cabeza se tornó blanca.

Cuando comprendió que la muerte se acercaba, dijo a sus hijos y a sus nietos:—La vida no es mala, hijos míos, es buena a pesar de sus dolores.... ¡Tiene tantas cosas bellas, que duele abandonarla! Bien es verdad que no todos pueden encontrar a San Juan y lograr que busque para ellos la hoja de trébol que trae la dicha, esto es, la paz y la alegría del corazón... ¡La hoja del trébol es el amor!...

Refirió con voz temblorosa su aventura de chiquillo, el baile de los hongos y la aparición del santo que bajó del cielo en el carro que está enganchado para él allá en el Norte.

Los que lo rodeaban lo miraron tristemente porque creyeron sus palabras desvarfos de su cabeza moribunda.

CARMEN LIRA

Julio 3, 1915.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Sastrería LA COLOMBIANA

Francisco Gómez Z.

Ofrezco a mi clientela un surtido completo de casimires, y en la confección de trajes, prontitud y garantía.
Calle del tranvía, frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

UNA CENTURIA LITERARIA

Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbagelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar \$ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

Quien ha- **Cervecería TRAUBE** se refiere a una em-
bla de la **Cervecería TRAUBE** presa en su género,
singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa; más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE
PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Do-
ble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Na-
ranjada, Ginger-Ale, Cre-

ma, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y
Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Du-
razno, Menta, Frambuesa,
etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE ≡ COSTA RICA

Pase a ver

el gran surtido de

Casimires ingleses

de último estilo

que acaba de recibir y vende
a precios módicos

la

SASTRERIA AMERICANA

de

Juan Piedra y Hermano
Frente al Hotel Francés

Los trabajos de esta Sastrería
son garantizados

Larga práctica en Nueva York

Ladies and Gentlemen Tailor
English spoken